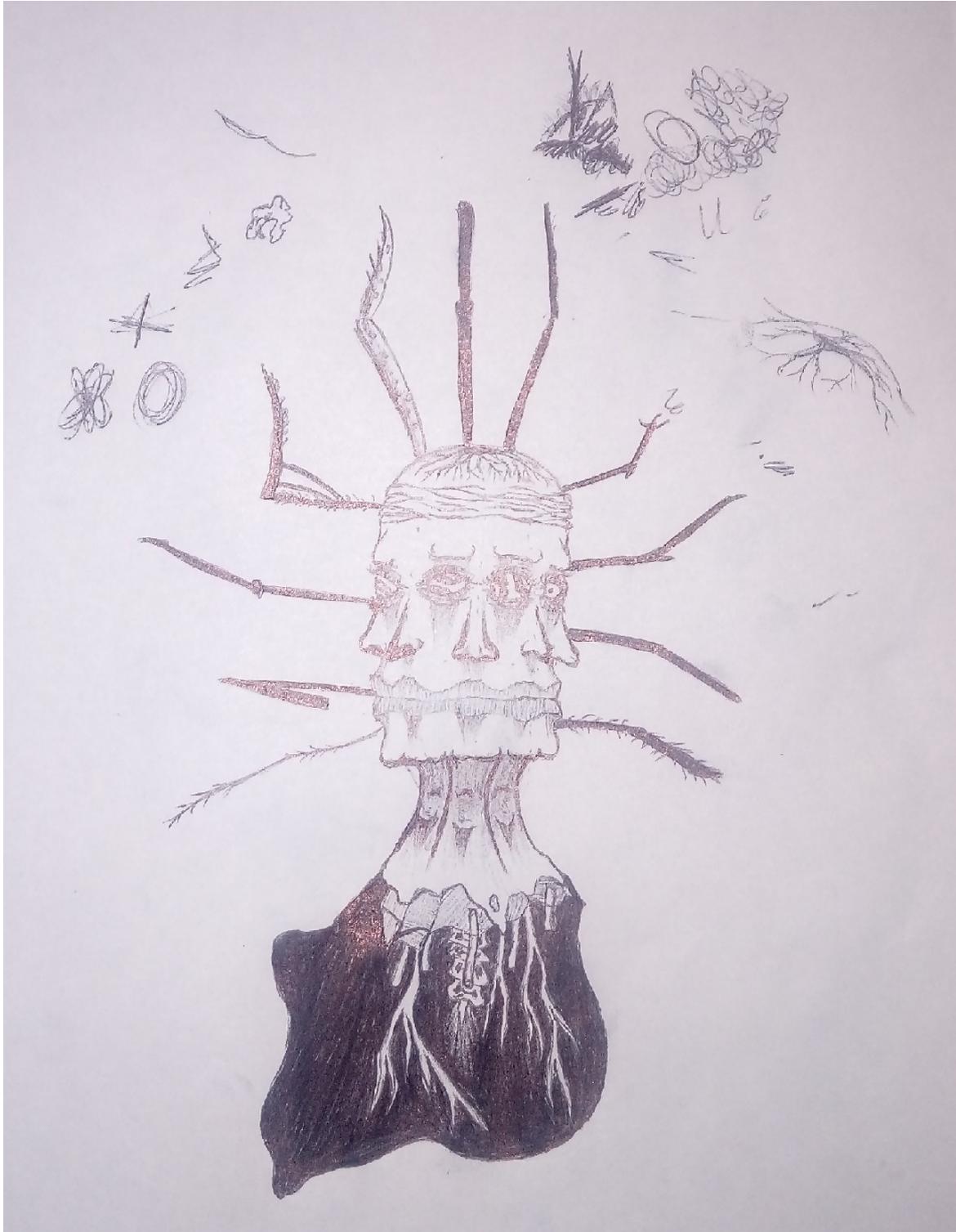


# Cinco años

Anscario Suriano



# Capítulo 1

Cinco años más tarde comenzaría a llorar.

Por ahora estaba camino a casa. Los charcos de los huecos en el asfalto hacían su imagen temblorosa por estar sometidos a la fina lluvia de diciembre. Dormían las palomas acurrucadas en los entretechos sucios de los grandes edificios antiguos. Ella sentía sobre todo una inmensa soledad.

Estas leyendo esto, un cuento escrito por mí.

Después de esperar un rato a que la lluvia pasara, decidió aventurarse a caminar. Tocó en su bolsillo el alfiler que le había entregado. Estaba en su bolsillo derecho. Por ello, mientras caminaba, sentía una especie de terror juguetón cuando alguien se acercaba por ese lado. Sentía que un empujón podía clavarle el alfiler en un dedo por accidente. Pensó en arrojarlo. Pero, mientras lo acariciaba, se dio cuenta que eso no cambiaría nada. Lo hecho, hecho está, pensó. Levantó un poco la cabeza. La caminata iba a ser larga, y las gotas finas chocaban en su rostro causándole un cosquilleo en las mejillas y en temblor en los párpados. Tenía miedo.

El cuento continúa aquí, después de que yo hable.

Llegó a su casa tras quince minutos. Sus zapatos le habían hecho resbalar en una acera gastada por los años. Años de lluvias y de gente dejaron esas pobres calles pulidas como cristales. Caminar era difícil, especialmente en la lluvia. Buscó en su bolsillo sus llaves, teniendo mucho cuidado con el alfiler. Sacó el llavero y rápidamente repasó las llaves hasta encontrar la que buscaba: una llave tan común como cualquier otra, tan gastada como la lluvia esa tarde, o como las calles.

Abrió la puerta y dentro de la casa todo era oscuridad. Tanteó en busca de un interruptor, pero no había ninguno. Tuvo que avanzar varios pasos hasta llegar al final del pasillo, donde el único interruptor se hallaba. La mitad del pasillo se iluminó. Error de diseño: la primera mitad del pasillo no tenía iluminación y siempre estaba a oscuras. Fue rápidamente a su baño, se quitó las ropas y se metió en la ducha. No había tinas ni azulejos, sólo cemento. El baño viejo dejaba correr pequeñas e hirientes ráfagas de aire. Miró por sobre su hombro hacia una de las paredes y vio el basurero repleto de papeles sucios. Las moscas habían abandonado la ciudad por el frío que llegaba con las lluvias. El cuarto estaba estático a excepción del agua que corría y de ella que se restregaba el cuerpo con una esponja azul y gastada, como la lluvia o las calles o las llaves.

Sí, en este cuento la ducha era como la lluvia.

Cerró la llave de la ducha. El agua cesó lentamente hasta no ser nada más que un chorro débil y entrecortado. Las últimas gotas se apresuraron en caer sobre el suelo de cemento. Llegaron frías al suelo. Ella ya caminaba hacia la puerta del baño cuando resbaló ligeramente. El resbalón, sin embargo, fue suficiente para causarle un raspón al suceder cerca de la pared. Del raspón brotaron diminutas y desanimadas gotas de sangre. Se mezclaron con las gotas de agua y comenzaron a deslizarse por la pierna hasta llegar al suelo. Corrientes rosáceas, diluidas las gotas de sangre en el andar adolorido de ella.

En este cuento nada está porque sí.

Ella fue hasta su cuarto. Cerró la puerta con llave. Tomó otra toalla y comenzó a secarse. Se secó el pelo apretujándolo con la toalla, se secó el rostro y los brazos. Se secó la espalda, seguida del vientre y de las piernas. Repaso su cuerpo con la toalla vieja. Luego se vistió para evitar el frío inexistente. Luego, ya bien abrigada, decidió descansar. Y entre sueño y sueño jugaba un poco con el alfiler que ahora estaba en una mesita al lado de su cama. Lo sostenía entre los dedos, sobre su cabeza. Se le resbaló un par de veces y cayó en su rostro. De esos juegos unas cuantas gotas de sangre aparecieron en su rostro, algunas peligrosamente cerca de los ojos. La punta del alfiler estaba roja. Ella seguía jugando a hacer pequeños malabares con el alfiler hasta que se aburría. No podía dormir, la ansiedad la mataba. Cuando pensaba en el alfiler se le torcía el rostro en una sonrisa de impaciencia: como la de una niña que imagina lo mucho que se divertirá cuando le muestre su nuevo juguete a su grupo de amigas, y todas juntas pasen tardes imaginando familias en casas de plástico y pegatinas.

Una vez, en este cuento, sucedió algo que no alcancé a contar, porque llegué tarde.

Se había quedado dormida. Decidió saltarse el desayuno. Cuando bajó hasta el pasillo sus pantuflas viejas resbalaron en los bordes de los escalones, causándole una caída dolorosa. Al levantarse del suelo sintió el alfiler en su pierna. Bajo su pantalón hasta sus rodillas y vio como el alfiler estaba casi completamente dentro de su muslo derecho. Lo tomó con las puntas de sus dedos pulgar e índice. Apretó los dientes y de un tirón lo sacó. El alfiler estaba sorprendentemente limpio, y tampoco salía mucha sangre. Decidió tomarse un tiempo para reponerse del golpe y de la herida del alfiler. Con los pantalones aún bajados hasta las rodillas, miró hacia el fondo del pasillo, hasta la puerta de calle. Era una puerta roja, gastada por todos sus bordes. Se veía cómo debajo de la pintura descascarada no era más que madera prensada y, más abajo aún, una placa de metal ennegrecido allí por donde asomara. La puerta parecía fría en la parte oscura del pasillo. Tenía un aura amenazante. Al mirarla más

atentamente, notó que en una de las esquinas inferiores, la izquierda vista desde adentro, se hallaba un sobre deslizado por el lado de la puerta. Parecía flotar desde el ángulo en que se encontraba.

En este cuento, tan viejo como los hay, sólo asistimos al final y nos vamos antes del inicio.

Se levantó y volvió a arreglarse el pantalón. Notó que en donde se había incrustado el alfiler una gota de sangre gorda se había formado y ahora había hecho una mancha que atravesaba hasta el otro lado, haciéndose visible. Pensó en cuanto más tendría que esperar. Quizás unas semanas, o máximo unos meses. Caminó un poco tambaleante hasta la puerta. En la penumbra pudo leer con un poco de esfuerzo el papel. Pago del agua, de la luz, de la renta. La letra torcida y torpe le indignó más que los adjetivos que contenía la carta. Respiró profundo. Abrió la puerta y se encontró con una oscuridad casi total. La calle estaba desierta. El frío de la noche aún corría de un lado a otro. No tenía forma de saber la hora, calculó que en unos cuantos minutos comenzaría a clarear. Miro el lucero de la mañana, estuvo segura de que pronto amanecería porque así lo había aprendido. Antes de bajar la mirada sintió como renacía un odio muy antiguo. Volvió a respirar profundo y comenzó a caminar. Llegó a tiempo a las oficinas donde un hombre le habló de por qué era necesario más tiempo. La hizo esperar durante tres horas. Y durante las tres horas no se despegó del alfiler. Cojeaba un poco.

El cuento casi termina aquí, pero logré seguir un poco más sin ser notado.

Cinco años después se desató la epidemia y ella, efectivamente, comenzó a llorar.

Fin